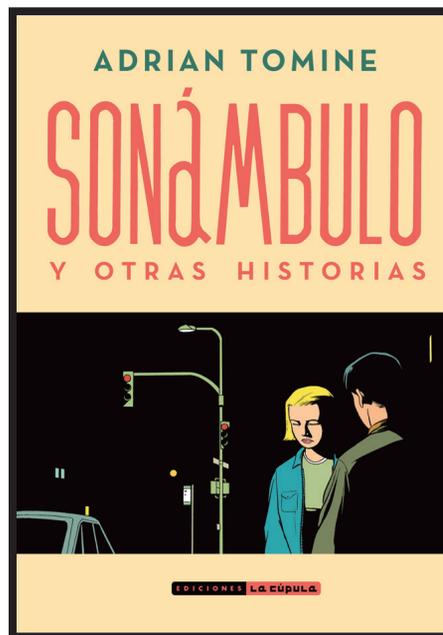

Sonámbulo y otras historias

ADRIAN TOMINE

La Cúpula, 2017 [2006]

Hubo un tiempo anterior a la popularización (entre público y autores) de la novela gráfica en que esta todavía no había alcanzado, en lo que a formato se refiere, su consolidación física definitiva. Una etapa en la que los dibujantes que se convertirían precisamente en referentes de dicha corriente en Norteamérica todavía no la veían capaz de insertarse en el circuito del libro tradicional y por ello seguían utilizando la típica presentación con la que se solían comercializar los tebeos de toda la vida. Tal vez por respeto a su naturaleza, o por las puras leyes de un mercado que no admitía más historietas que las editadas en grapa, la gran mayoría de los primeros intentos de importación de esas grandes firmas del cómic alternativo estadounidense de los años ochenta y noventa aparecieron también aquí seriados en cuadernos de periodicidad más o menos fija. Tanto Chester Brown y Daniel Clowes en los Brut Comix de La Cúpula, como Beto Hernandez dentro de las *Historias completas de El Vibora* o Joe Matt con su *Peepshow*, entre otros, muchos de los miembros de las tres generaciones de historietistas *indies* nos arribaron en un primer momento en vehículos muy alejados de aquel que hoy en día relacionamos con dicha denominación.



Un ejemplo paradigmático de esta tendencia fue la serie Drawn & Quarterly Presenta, del sello madrileño La Factoría de Ideas, en la que se fueron alternando, desde febrero de 1999, en fascículos de alrededor de cincuenta páginas, nada más y nada menos que *La vida está bien si no te rindes* de Seth, *Berlín* de Jason Lutes —del que pronto, parece, podremos disfrutar de su tercer volumen— y *Sonámbulo y otras historias* de Adrian Tomine. Desde entonces, todos estos títulos, así como el ya nombrado *Peepshow*, que aparecería más adelante en esta misma colección, han sido recuperados en tomos más acordes con su contenido y con las modas. De hecho, de la primeriza obra de Tomine se acaba de lanzar recientemente una nueva edición en rústica a imagen y semejanza de la de 2006, con la única diferencia de la imagen de portada, pero con el mismo contenido, esto es, un total de dieciséis historias cortas aparecidas en origen en los cuatro primeros números de la cabecera *Optic Nerve* en-

tre 1995 y 1997, y que junto con *Rubia de verano*, otra compilación traducida al castellano en 2005, recogería toda la producción profesional de este autor antes de su primer trabajo largo, *Shortcomings*.

Los comienzos de Adrian Tomine como historietista ya son —y si no lo son todavía, deberían serlo— historia de los cómics. Criado como lector entre tebeos de Marvel e historietas *underground*, decide lanzar su primer mini-cómic en 1991 en una edición limitadísima de veinticinco ejemplares. Poco a poco y gracias a una beca Xeric, va ampliando la tirada y para el séptimo número ya ha alcanzado los seil mil. Su trabajo llama la atención de la editorial canadiense Drawn & Quarterly, que empezará a publicarle su antología al tiempo que recogerá sus relatos *amateur* en *32 stories*. A partir de ahí llegará el reconocimiento de la crítica, los galardones de la industria y el favor del público —y que cada uno interprete esa expresión a su gusto—, todo ello de forma más que justificada, convirtiéndose en un autor reconocido y leído, que a lo largo de estos años ha experimentado una interesantísima evolución desembocando de momento en la excelente *Intrusos* (Sapristi, 2016).

Ese tiempo transcurrido —casi un cuarto de siglo— ha tratado bastante bien a los relatos aquí incluidos, e incluso a algunos de ellos los ha (re)barnizado con una pátina de madurez que, sin miedo a exagerar, los ha convertido en auténticos clásicos del llamado *slice of life*, una expresión que se ajusta como un guante a estas primeras etapas de *Optic Nerve*. Efectivamente, en sus historietas parece como si faltaran viñetas, como si hubiera recortado algunas al principio, en medio y también hacia el final, para remontar la página y no explicárnoslo absolutamente todo. Son, por lo tanto, retazos de mundanidad capturados con ojo clínico y una sinceridad plena, confeccionando un particular estudio antropológico, sin base científica, simplemente como mero observador, acerca de la vida urbana de una generación en tránsito hacia la madurez, pero que duda entre refugiarse en la nostalgia de los días de instituto o encarar con mayor o menor decisión los compromisos y las responsabilidades de la edad. Y no hace trampas, ni mira de reojo cualquier atajo que le facilite la tarea, sino que, sirviéndose única y exclusivamente de los recursos propios del medio, sabe dar forma precisa a los sentimientos y las vivencias más comunes, situándose en un espacio intermedio entre la primera persona y el narrador omnisciente, un lugar desde el cual es capaz de crear a personajes con envidia, a pesar de mostrárnoslos solo por unos instantes, o en unas pocas encuadres.

Consensuado pues que el nivel general es alto, no nos resistimos, en cambio, a señalar caprichosamente las historietas que sobresalen por encima de la media. En la presente compilación no se incluyen, por ejemplo, «Alter Ego», «Aviso de bomba» o «Rubia de verano», recogidos como decíamos antes en otro álbum y que son a la postre sus trabajos de mayor extensión y posiblemente los que obtuvieron en su momento mayor reconocimiento. No obstante, sin ser minucioso, aparecen en *Sonámbulo y otras historias* joyas que están al mismo nivel que las mencionadas.

Cronológicamente podríamos empezar por hablar de «Avda. Echo», la experiencia *voyeurista* —descrita todavía con un dibujo algo anquilosado— de una pareja que descubre que

sus vecinos de enfrente viven sin cortinas, y que tiene uno de los finales más inquietantes de cuantos ha firmado Tomine. Le seguiría en esta particular selección «Curro de verano», la crónica de un joven estudiante sin objetivos claros que representa muy bien el nivel de irresponsabilidad al que podemos llegar si nadie nos mira. «Escala» se mueve por los mismos derroteros que la anterior, por el nivel de desorientación del protagonista y porque nos muestra con envidiable transparencia hasta donde estamos sometidos por las apariencias y una imagen de nosotros mismos que nos hemos fabricado a partir de cómo nos ven los demás. Con «Dylan & Donovan», una especie de *road-movie* camino de una convención de cómics en la que la complejidad va creciendo al mismo ritmo que la relación entre los textos y las imágenes alcanza una sorprendente fluidez y naturalidad. Algo similar a lo que sucede con «Cuatro de julio», fiel instantánea de la soledad, de la vacuidad de los convencionalismos y de lo dura que puede ser la niñez y de lo lejos que está de las comedias televisivas.

Pese a lo que pueda parecer, no es exactamente pesimismo el sentimiento que sobrevuela estas historietas, no estamos hablando de un tono sombrío y depresivo *per se*. Es simplemente la vida misma, que no tiene por qué discurrir como nos gustaría. Son días cualesquiera descritos por un excelente escritor y dialoguista —no, no voy a explicar otra vez la influencia de Raymond Carver o de Daniel Clowes, no se asusten— a la par que ilustrador en crecimiento, interesado en, según palabras de Santiago García, «dibujar lo invisible», en «contarnos no solo lo que pasa, sino lo que pasa de verdad».¹

ÓSCAR GUAL

Óscar Gual (Gandia, 1973) es Doctor en Historia por la Universitat de València y está vinculado laboralmente al Institut Municipal d'Arxius i Biblioteques (IMAB) de Gandia. Colaborador de diferentes medios como Saó, 13 millones de naves o Rock & Comics, es autor también de la monografía Viñetas de posguerra: los cómics como fuente para el estudio de la historia (PUV, 2013) y ha participado en las antologías críticas Yo quiero un TBO (Diminuta, 2017) y Cómic digital hoy (ACDCómic, 2016).

¹ Reseña de «Alter Ego» en *U* n.º 20, de junio de 2000, en donde se repasaban los noventa mejores tebeos de la década de los noventa según los críticos y colaboradores de dicha revista.